



La Mancha Humana, de Philip Roth
Reseña por Darío Villanueva (El Cultural)

Bien podría haber tomado Philip Roth, para esta su última novela, el título de la que Gonzalo Torrente Ballester publicó en 1992, *La muerte del Decano*. En otra ocasión ya reparamos en la reiterada presencia de crímenes y muertes en el subgénero narrativo que los anglosajones han dado en denominar “campus fiction”.

Así sucede en *Becas flacas* de Tom Sharpe, en *Asesinato en la cátedra* de Amanda Cross, en *Un tueur en la Sorbonne* de René Réouven, y por partida doble, o triple, en *La mancha humana*, donde el linchamiento social que el ex decano de la Universidad de Athena Coleman Silk sufre por mor de la corrección política causa la muerte de su esposa Iris Gittelman, y donde el propio protagonista perece, junto a su amante Faunia Farley, en un extraño accidente que el novelista narrador de su historia atribuye a la venganza del ex marido de esta última, un desequilibrado ex combatiente del Vietnam.

Ex decano, ex marido, ex combatiente: Philip Roth, el “enfant terrible” de la novela judía norteamericana, desarrolla aquí brillantemente nuevas facetas de ese gran mito que la sociedad estadounidense ha consagrado, el de las huellas indelebles que deja en la vida de las personas todo lo que se fue. Nada, sucede gratuitamente, y sus consecuencias marcan para siempre a los individuos, que llegan así a carecer, en cierto modo, de un futuro libre de ataduras sentimentales o psicológicas.

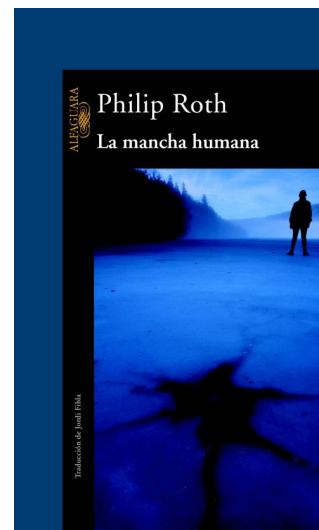
Roth, acreditado maestro en el monólogo interior y el “stream of consciousness”, opta en esta oportunidad por un planteamiento narrativo tradicional muy efectivo. La base está en el diálogo, en un descriptivismo detallado de los personajes, y en la perspectiva de un yo testigo, a modo de alter ego del propio escritor. Se trata en este caso de Nathan Zuckerman, un novelista judío al que el protagonista quiere convencer para que escriba el drama de su condena universitaria y social por racismo. Un día, en clase, embriagado por la fraseología homérica, Coleman dijo de sus alumnos absentistas que podrían haberse “hecho negro humo” (pág. 17), alusión que tomó en su sentido literal y discriminatorio un estudiante de color. El calvario consiguiente, ilustrativo de esa plaga de la corrección política que inficiona los campus y constituye la última manifestación, hasta la fecha, de la censura, ejercida esta vez no por el Estado, el Gobierno o el Partido, sino por la propia sociedad civil, no es, sin embargo, lo que acaba seduciendo al narrador, sino el secreto de la vida de Coleman Silk, duplicado en cierto modo por el de su amante, las dos víctimas cuyo trágico final, adelantado muy pronto (a la altura de la pág. 71) impregna el texto de una cierta ironía trágica.

Roth juega con esta clave culturalista no sólo en lo que acabo de apuntar, y en la elección del lema que abre su novela, tomado del Edipo rey. El protagonista es, en esta novela, un profesor de lenguas clásicas que profesa in partibus infidelium, una Universidad sin lustre de Nueva Inglaterra, y uno de sus conflictos académicos previos a la denuncia por racista había sido la protesta de otra alumna que consideraba degradantes para las mujeres las tragedias de Eurípides que Coleman explicaba en su curso referenciado como DHM (“dioses, héroes y mitos”). Claro que para Roth, como para Joyce o para Valle, la tragedia contemporánea es esperpento, y no damos hoy por hoy para más que para la degradación grotesca de los héroes antiguos, y de sus pasiones.

El gran tema de *La mancha...* no es otro que la capacidad de simulación del yo para crearse su propia identidad. Asunto que no tiene aquí una plasmación filosófica o lírica, sino absolutamente imbricada con aquel gran mito norteamericano al que antes me refería. El novelista alter ego de Roth es seducido por un “singular acto de invención” de su amigo Coleman. “Cada día, al levantarse, era lo que había hecho de sí mismo” (pág. 420): un judío, cuando en realidad había nacido como uno de esos “negros de piel clara a los que a veces se les toma por blancos” (pág. 29). Las peripecias de tan sofisticada metamorfosis acaban desplazando en el interés de la intriga a las miserias de la vida universitaria, con sus neurosis de corrección política certeramente apuntada aquí y figuras espléndidas como la de la profesora Delphine Roux, y nos conducen a la gran paradoja de que Coleman acabe destruido por su supuesta animosidad contra la raza a la que pertenecía, y de la que había conseguido escapar no sin gran esfuerzo de imaginación por su parte.

La mancha humana participa de las mejores virtudes de la narrativa norteamericana, directa, fiel al principio de la realidad contemporánea como materia novelable, ajena a los paños calientes y con una capacidad muy elevada de seducirnos a los lectores. La acción se sitúa en 1998, y como telón de fondo aparece “el éxtasis de la mojigatería” (pág. 12) desencadenado por Mónica Lewinsky, la muchacha que “ha revelado más de Estados Unidos que nadie desde Dos Passos” (pág. 189). Sin tapujos se puede decir que ésta es una de las primeras novelas donde apunta el arraigo de un nuevo fetiche, la felación, y se incorpora la Viagra como poderoso agente catalizador de la trama.

Philip Roth (Newark, Nueva Jersey, 1933) forma, junto a Norman Mailer y a John Updike, el gran triunvirato de las letras americanas actuales. Como ellos, Roth puede presumir de inconformista y provocador. De familia judía, estudió en la Universidad de Chicago, donde fue profesor de inglés. Más tarde, enseñó Creación Literaria en Iowa y Princeton. Ha ganado dos veces el National Book Award for Fiction, dos veces el National Book Critics Circle Award, el Faulkner y el



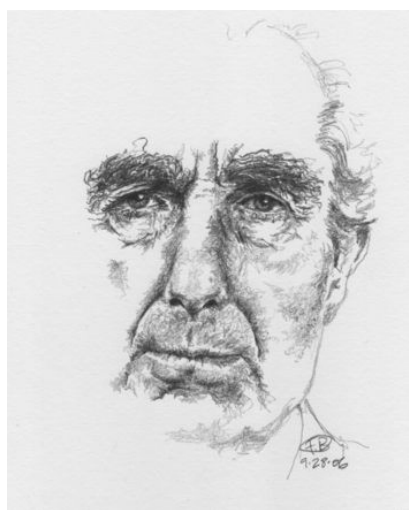


Pulitzer 1998 por Pastoral americana y entre sus obras destacan, además, *El lamento de Portnoy* y *Lección de anatomía*.

Philip Roth: Una tarde con Dios (o Aristófanes)

A sus 75 años, medio siglo de carrera y con sólo el Nobel oponiéndole resistencia, tiene a sus facultades creativas trabajando a destajo. Tras "Indignación" (Mondadori/La Magrana), ya ha terminado una nueva novela corta, "The Humbling", y se encuentra enfrascado en la siguiente, "Nemesis". Contra la leyenda negra de su acritud, se revela un dechado de cordialidad y un animadísimo conversador al recibirnos en su apartamento neoyorquino. Texto Antonio Lozano.

Si Roth hubiese hecho carrera militar, a sus 75 años su pechera resplandecería con una constelación de condecoraciones multicolor. Ningún otro escritor americano vivo ha encadenado tantas obras maestras, a base del esfuerzo combinado de retocar las líneas de su vida a través de álgos egos en conflicto permanente con ellos mismos y de retratar las turbulencias históricas de su país a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. El que la reciente desaparición de John Updike lo convierta en la última gran Esfinge en pie de las letras estadounidenses, y el que en alguna entrevista haya dado la sensación de ser un hueso duro de roer, facilitarían una intimidación que él disipa en lo que se tarda en dar un sólido apretón de manos, acompañado de una cálida sonrisa, y en ofrecer algo de beber.



Son las 2 de la tarde y el sol entra a chorros por los amplios ventanales que cruzan de punta a punta el espacioso comedor del envidiable apartamento que Roth posee en segunda fila de Central Park, dentro del Upper West Side de Manhattan, distinguido barrio de larga tradición intelectual y artística. La decoración es muy sobria, dominan los tonos blancos, algunas ilustraciones enmarcadas salpican las paredes, un ordenador y multitud de papeles se disputan una larga mesa de trabajo, libros de historia y de arte se esparcen por una mesa baja de cristal, DVDs de películas clásicas y las primeras temporadas de la serie televisiva *The Wire* reposan bajo un televisor de considerables proporciones. Este es el refugio urbanita e invernal del escritor, donde se consagra a su oficio en régimen monacal, mientras que, desde 1970, una casa de campo en Connecticut lo acoge cuando las temperaturas se muestran benévolas. "Cada mayo regreso a ella, la ciudad me resulta distante. De tanto en cuanto voy a París a visitar a amigos, pero creo que ya he viajado suficiente en mi vida, ahora prefiero descansar".

Ofrece asiento y, avanzando la predisposición a conversar con tranquilidad que será la tónica de toda la entrevista, no espera a ser preguntado para comenzar a hablar: "No he visitado España en veinte años, ahora debe de ser un país muy diferente. ¿Quién gobierna? De muy joven llegué a hablar un español fluido porque lo estudié dos años en el instituto y uno en la universidad, pero no tardé en perderlo. Hoy me resulta imposible entender una sola palabra de lo que dicen los dominicanos o puertorriqueños que habitan la ciudad".

INDIGNACIÓN TARDÍA

Si tuviera que reducir a un solo motor lo que lo ha llevado a consagrar su vida a la literatura, ¿cuál sería?

Diría que la curiosidad ha sido mi fuerza motora. Cada vez que empiezo un nuevo libro no sé si voy a ser capaz de conseguirlo, tengo mis recursos pero las novelas no brotan con naturalidad. Uno arranca como amateur, de cero, respecto a ese título en concreto. De forma que siento curiosidad por ver si lo lograré, por ver qué saldrá, por ver si daré con la forma adecuada para explicar la historia, por ver si los personajes cobrarán vida como los concibo, por ver si los detalles resultarán precisos, por si encontraré las palabras justas para aquella frase y ese párrafo...

¿Diría que ha alcanzado el pico de su creatividad?

En este momento de mi vida dispongo no sólo de la experiencia personal, sino también de la de carácter histórico y social. Puedo echar nitidamente la vista atrás unos 55 años, de forma que tengo a mi alcance mucho más material entre el que escoger que en mis inicios. También es verdad que antes era una cantera más fresca y virginal, pero con tantos libros a mis espaldas me pregunto cuántas historias me quedan. Ya se verá qué resulta de poseer una larga perspectiva hacia atrás y una corta hacia delante. No sé yo si es un buen negocio (risas).

Lo que está claro es que atraviesa una fase muy productiva, ¿le impulsa una cierta urgencia?

Siempre he escrito de manera apremiante. Cuando empiezo un libro, me vuelco por entero, trabajo en él todos los días de la semana. Quizás sea porque creía a Saul Bellow cuando me decía que ningún escritor debería morir mientras tuviese un libro entre manos (risas). En todo caso, me siento con prisas en tanto que ser humano, lo que queda patente en mis últimos libros, donde la muerte está muy presente. Es lo que pasa cuando asistes al funeral de un amigo cada seis meses. Espera un momento... (Roth se levanta y se dirige a su mesa de trabajo. Viste de manera informal: una camisa

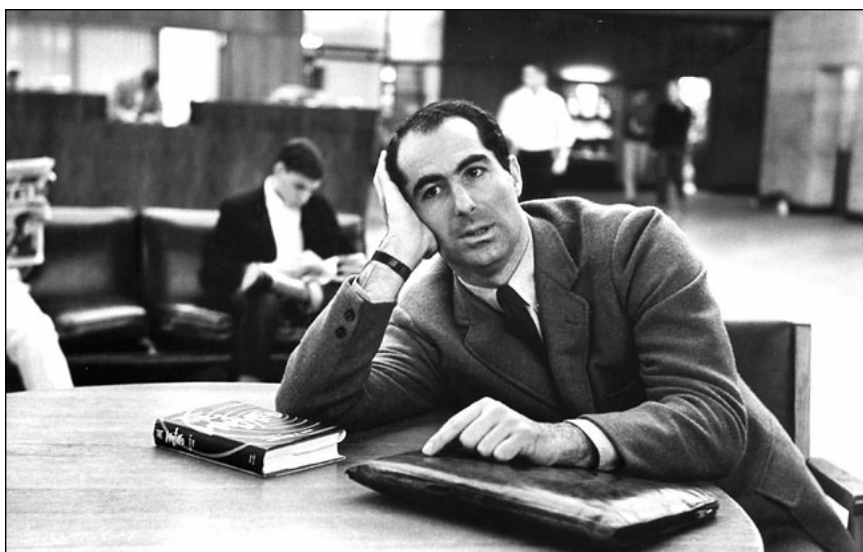


Tertulias Literarias

azul marino, unos pantalones de pana y unos mocasines gastados. Regresa con las capillas de su próxima novela, *The Humbling*, a publicarse en su país en septiembre de este año. Están enfundadas en una sobria portada con una ilustración en la que un foco de luz ilumina el centro de un escenario vacío.) Me he acordado porque en ella también he incluido a un muerto. La protagoniza un actor que atraviesa un bloqueo y que recibe una cura de humildad. Escribir una novela se debe de parecer mucho al trabajo que realiza un intérprete a la hora de meterse en un papel.

Hablando de sus personajes, estos no suelen encajar bien en su entorno, ¿para usted la literatura es prioritariamente una forma de disentir?

La literatura presenta un punto de vista alternativo al dominante, ofrece a los lectores una manera específica de entender el mundo. De forma que supongo que estás disintiendo, pero de lo que se trata más bien es de corregir. Te percibes como alguien que intenta con todas sus fuerzas expresar las cosas y extraerle sentido a acontecimientos de una forma distinta a como lo hacen los periódicos o la televisión. Ni mejor ni peor, propia.



Indignación, tiene de fondo la guerra de Corea pero se ambienta en un college en los represivos años 1950. ¿Philip Roth se sentía indignado en aquellos tiempos?

He necesitado treinta o cuarenta años para darme cuenta de lo controlados que estábamos los jóvenes por aquel entonces, acosados por leyes y reglamentaciones. No era tanto un caso de represión como de vigilancia. Tú y yo podemos considerar los 1950 como la última década de represión, pero para otros fue el fin de la normalidad. Debo reconocer que la mayoría aceptábamos ese clima de control. Unos pocos bohemios como Allen Ginsberg se rebelaban, pero es que Ginsberg era un tipo muy extremo.

De nuevo la historia reciente de América sirve de marco a uno de sus libros, convirtiéndolo en cronista de la segunda mitad del siglo XX.

Nací durante la Depresión, ese mismo mes Roosevelt y Hitler llegaban al poder. El trasfondo de mi infancia fue la Segunda Guerra Mundial. El estallido de la Guerra Fría marcó mis años en la escuela. La Caza de Brujas de McCarthy y la guerra de Corea me cogieron en la universidad. Así pues, como tantos otros miembros de mi generación, crecí y me eduqué rodeado de acontecimientos nacionales de enorme impacto. Incluso la persecución a la que se vio sometido Clinton puede considerarse histórica. Así que ha sido cuestión de dejar que transcurrieran veinte o treinta años para empezar a entender el comportamiento de la gente frente a estas crisis, así como sus ramificaciones.

ADIOS A LA MUSA DEL HUMOR

¿Qué fue más determinante en su vida: crecer en el barrio de Newark o hacerlo en una familia judía?

Pienso que era la cultura de la religión lo que definía al barrio, y no la religión. No veía barbas ni kipas, lo que nos unía era la reacción a los comportamientos antisemitas; el vínculo no surgía de las creencias, pues la ortodoxia importada por los abuelos inmigrantes se había diluido, sino de la necesidad de defendernos de los ataques a nuestra cultura.

Nueva Jersey ha vuelto a estar de moda gracias a Los Soprano.

Sólo he visto un episodio, pero puedo asegurarte que me robaron algo. En *La conjura contra América* escribí sobre dos gánsters, Big Pussy y Little Pussy, a los que conocí en la vida real, y que luego han aparecido en la serie. Ahora resulta que Roth se lo birló a la televisión, pero fue al revés, porque mi novela es anterior.

¿No declaró en una ocasión que Woody Allen había bebido del humor judío de sus libros?

No lo recuerdo, lo que sí sé es que si puedo seguir evitando contratar abogados, lo haré.

Tras jubilar a Nathan Zuckerman en la anterior *Sale el espectro*, ¿no se siente algo huérfano?

Al contrario, su marcha me ha refrescado y reactivado; me ha obligado a buscar nuevos personajes, cambiar de escenarios y meterme en nuevos aprietos. Me siento liberado.

El humor parece haberse ensombrecido y agriado en sus últimos libros. ¿Diría que ya no le resulta una herramienta tan poderosa para combatir el miedo y la angustia?

GRUPO B



Tertulias Literarias

Aún procuro hacer reír a la gente, pero la musa de la comedia parece haberse esfumado. De tanto en cuanto algo irónico surge de forma inevitable, pero los temas que me rondan no invitan a levantar el ánimo.

¿Siente que la edad lo está traicionando de otras maneras?

A mi edad es corriente que uno pierda la memoria a corto plazo o que no se acuerde de determinadas palabras. Me ocurre en la vida diaria, pero jamás cuando escribo. La concentración es tan acusada que todas las distracciones desaparecen. Tengo en mi mesita de noche un cuaderno y, al acostarme, cada noche me encuentro encendiendo varias veces la luz para anotar en él frases o escenas que me vienen a la cabeza. Lo primero que hago cada mañana es echarle un vistazo y todo lo escrito en la víspera me resulta sorprendente.

¿Algún otro truco de viejo zorro?

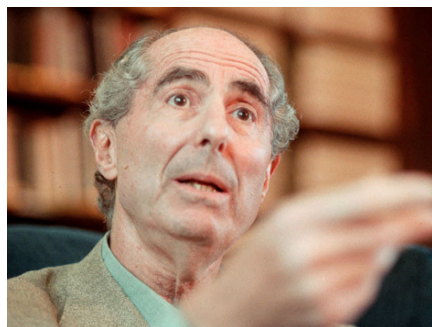
Bueno, tengo uno que... Se lo confesaré porque esto sólo se va a publicar en España, ¿no? (risas). Cuando me sobreviene la ansiedad porque no encuentro la forma de plasmar lo que busco, en vez de preguntarme qué pasará a continuación me digo qué ocurrió. Juego a pretender que me estoy enfrentando a un recuerdo, a una historia real que aconteció. Si me engaño así consigo serenarme.

¿Se cuida físicamente?

Nado con frecuencia. Cuanto mejor me siento físicamente, mejor escribo.

En sus novelas, el deseo, principalmente el masculino, es más una maldición o una fuente de frustraciones y desgracias que de placer. ¿Usted también lo ve así?

La cultura popular ya nos muestra que el amor y la lujuria tienen tanto de maravilloso como de peligroso, pues su naturaleza es obsesiva y restrictiva. Cualquier cosa que te transforma en un lunático encierra las dos caras. Si toda la energía que gastamos en desear al prójimo la recicláramos en carburante para los vehículos supondría una excelente noticia para el calentamiento global.



LAMENTOS DE UN CASCARRABIAS

Ha sido profesor de literatura en diversas universidades, pero nunca ha dirigido un taller de escritura.

Nunca aceptaría llenarles la cabeza de cuentos a mis alumnos. Estos talleres se han convertido en una enorme industria en Estados Unidos. Europa hace bien en evitarlos. Son una pérdida de tiempo absoluta, una mera forma de que las universidades les soplen a los estudiantes entre 40 y 45.000 dólares al año. No funcionan porque para empezar los asistentes son demasiado jóvenes, apenas cuentan con su infancia y adolescencia, pero todavía están demasiado cerca de ellas. No se le puede enseñar nada a aquel que carece de la experiencia de la vida.

Así que su consejo es: "a vivir y a esperar"...

Si yo fuera profesor de uno de estos cursos les diría a mis alumnos: "El primer año vais a contraer una enfermedad que casi os mata y os vais a pasar un año entero en el hospital. Tan pronto os reincorporéis a la vida normal haréis que os suelten en paracaídas y sin un céntimo en el bolsillo en medio de un país extraño del que no conozcáis la lengua. En él transcurrirá vuestro segundo año. Durante el tercero y último trabajaréis en una mina de carbón". A los que superaran todo esto les extendería un certificado de aptitud para comenzar a escribir.

¿Qué consejo le daría el actual Roth al joven Roth?

Ninguno. Tenía mi cupo de errores que cometer y cumplí con ella. Si no fuera por mis equivocaciones, seguiría en el porche de la casa de Newark donde crecí. Uno se hace mayor y sus errores crecen con él. Uno tiene que intentar no equivocarse a base de no ser cauteloso, de no temer equivocarse.

¿Ha habido algún consejo que siempre haya tenido muy presente?

Existe una frase muy atractiva de Flaubert en su correspondencia con Colette que a muchos escritores americanos les encanta citar porque les hace sentir superiores. Dice algo así: "Sé aplicado y regular en tu vida, al modo de un burgués, de cara a ser violento y original en tu trabajo". Pues bien, yo diría que lo opuesto también es cierto.

¿Qué echa de menos de los viejos tiempos?

Los editores de primera clase, porque eran excelentes lectores. Las editoriales preocupadas por la literatura seria y no meramente por la comercial. La camaradería intelectual. Las estimulantes obras de tus coetáneos. Pero quizás estos son los lamentos de un cascarrabias que está desconectado de casi todo.

Al menos el presente le ha traído a Barack Obama.

América ha sido tan desafortunada políticamente, desde el asesinato de JFK y culminando en la infame administración Bush, que parece una suerte increíble que un hombre tan distinguido y prometedor haya llegado a la Casa Blanca.

GRUPO B



Tertulias Literarias

Veremos qué puede hacer con la dramática y descomunal herencia que ha recibido, empezando por el desastre financiero. Por lo menos, el tono del país ha cambiado. Por ahora sólo pido que no siga el mismo camino que todos aquellos que han intentado traer esperanza y transformación a este país: JFK, Bobby Kennedy, Luther King, Malcolm X...

¿Cómo se lleva con la tecnología?

Desde el punto de vista tecnológico, soy un neandertal. Apenas consulto internet y no tengo email, ¿para qué quiero recibir más correo? El inicio de esta revolución me cogió demasiado mayor. Me siento tres gadgets por detrás del resto. Que conste que confieso esto con pena, sin rastro de orgullo. Este desajuste me hace sentir más viejo aún.

¿Cómo le gustaría ser leído por las futuras generaciones?

Dudo que las generaciones venideras vayan a leer. ¿Quién va leer en un Kindle? Los lectores constituirán una especie de culto, como los actuales lectores de poesía. Más concretamente, como los actuales lectores de poesía en latín. ¿Cuántos deben de quedar hoy en el mundo? ¿Unos quince?

Se le nota apocalíptico.

Todos los periódicos de aquí están cerrando sus secciones de libros, sospecho que en cinco años no quedarán suplementos literarios, apenas se publicará una crítica de un libro de tanto en tanto. Nos acercamos al fin de la cultura literaria escrita. Es parte de la evolución humana y es también una tragedia. Hay tantísima comprensión, belleza, arte, placer y artesanía en las conexiones que establecemos con Faulkner o Tolstói al leerlos... No existen analogías posibles.



EL PAYASO GENIAL

¿Hasta qué punto es consciente de su celebridad internacional?

Tengo otras cosas que hacer y en que pensar a lo largo del día. Sólo me concentro en realizar bien mi trabajo, igual que los buenos fontaneros y los vendedores de coches competentes. Además (y levanta un dedo para señalar los ventanales a su derecha) dispongo de un doble vidrio excelente de cara a aislarse del exterior.

¿La muerte ocupa mucho sus pensamientos?

La temo, claro. No siento especiales ganas de verme extinguido, pero qué le vamos a hacer... En la vida, cuando se te plantea un obstáculo, puedes plantarle cara con toda tu voluntad y coraje, o intentar circundarlo. Si ninguna de las dos opciones te sirve, siempre puedes decirte "con el tiempo el apuro me parecerá menor". Con el problema de la vejez la única salida es la muerte. Si no te gusta ser un niño, aguardas a que llegue la adolescencia; si eres un adolescente infeliz te resignas al advenimiento de la edad adulta; si la madurez no te es favorable, pues aún cuentas con una plácida vejez; pero si te descubres un anciano insatisfecho sólo te espera ser todavía más viejo y acabar largándote de este mundo.

¿A quién el achaca usted esta gran broma?

Escribí un pasaje en La mancha humana en el que Coleman Silk acude a un concierto y comienza a pensar que en cuatrocientos años no va a quedar ninguno de los presentes, tampoco el edificio, ni siquiera la música, de forma que se pregunta "¿qué maníaco ha concebido esto?". Bueno, yo creo que Dios es un payaso genial. A veces llego a la conclusión de que Dios se corporeizó en la figura de Aristófanes. Solo él pudo haber creado a alguien como Bush Junior.

Antes de poner fin a las dos horas de charla, Roth invita al periodista a contemplar las vistas desde su terraza, explicando con detalle la historia y la personalidad del barrio. Solicita que se le envíe un ejemplar de la revista con la pieza y, al dejarle un cuaderno de la marca Muji para que anote los datos de la agencia literaria al que hacérselo llegar, comenta que él también se compra el mismo modelo. A un paso de abrir la puerta para despedirse, los espíritus de Portnoy, de Kepesh y de Zuckerman le susurran al oído las siguientes palabras: "Cerciórate de que no te olvidas nada. Si fueras una chica guapa me callaría con la esperanza de que regresaras".

La obra de Philip Roth: Un judío incómodo Por Soledad Platero

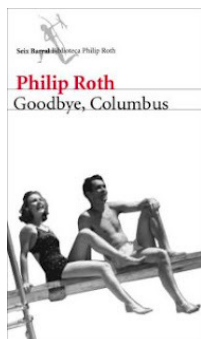
Una reflexión del escritor Nathan Zuckerman -personaje que Philip Roth reconoce como su alter-ego- distingue entre dos grupos de narradores: los que padecen la manía de la reducción, y los que padecen la manía contraria, la de la adición. Los primeros quitan de su relato todo lo superfluo, eliminan cualquier distracción, tensan el tiempo narrativo para impactar

GRUPO B



Tertulias Literarias

al lector, para sacudirlo en un espasmo breve y violento que lo fascina o lo aniquila. Los otros, los que no pueden parar de añadir cosas, corren el riesgo de perder a los lectores impacientes, pero atrapan en un envoltorio denso a los que tienen la dicha de acunarse en su ritmo. Philip Roth pertenece al último grupo.



Desde *Adiós, Columbus*, publicada en 1959, hasta el momento en que se escribe este texto, la producción de Roth supera largamente las dos docenas de novelas, a las que hay que agregar dos libros de memorias (*Los hechos. Autobiografía de un novelista*, de 1988 y *Patrimonio. Una historia verdadera*, de 1991) y varias antologías de textos propios y ajenos. Pero su compulsión productiva no se limita a la cantidad de títulos, sino que caracteriza a su escritura marcándola con un rasgo que a veces se vuelve exasperante, aunque al final se revela como el gran aglutinador que hace de una anécdota mínima algo cercano a ese ideal que se conoce como "gran novela americana".

Podríamos imaginar que Roth tiene una idea (un hombre es acusado de algo serio que en realidad no hizo; alguien se hace pasar por otra persona; un anciano juega a seducir a una mujer muy joven; un obseso del sexo despierta transformado en un pecho gigante) y comienza a escribir en esa dirección. Pero allí nomás, en las primeras líneas, un recuerdo aparece y exige ser incluido en la historia.

Ese recuerdo abre una bifurcación que puede durar un par de párrafos o varias páginas, y las líneas que abrió a su paso anunciarán otros caminos a explorar. A lo largo de la novela esos caminos serán recorridos hacia atrás y hacia adelante, se cruzarán con otros, y se ganarán su propio derecho a la existencia, porque en el edificio narrativo de Roth puede haber añadidos y accesorios, pero todos sustentan equilibradamente el relato.

Otra marca de fábrica de este judío de New Jersey es la pasión por la "cavilación". Un personaje de *La mancha humana* (2000), un profesor universitario devastado por la mediocridad que lo rodea, dice que sus alumnos padecen "la necesidad de conclusión". Se lamenta porque no son capaces de ejercitar el pensamiento. Quieren llegar cuanto antes a la conclusión, por lo que todo debe ofrecérseles bajo la forma convencional de los relatos simples: principio, nudo y desenlace: "...cada experiencia, por ambigua, confusa o misteriosa que sea, debe prestarse a ese cliché de locutor de televisión que normaliza y vuelve convencional cuanto narra".

Roth es enemigo de las conclusiones. Su obra es un ejercicio sostenido de cavilación sobre cuestiones que no son nunca blancas o negras, y que no pueden resolverse en un esquema de buenos y malos. Pero tampoco se limita a exponer la diversidad en una simple representación narrativa. Al contrario, en sus novelas hay siempre voces reflexivas que muestran los distintos aspectos de las cosas. Cuando los personajes no hablan por sí mismos, el narrador se encarga de hablar por ellos. Las razones que tienen para atravesar la vergüenza o la infamia, la fuerza secreta que los mantiene en pie cuando deberían haber caído, los detalles que recuerdan y los que han elegido olvidar son iluminados por una conciencia crítica, aunque no moralizante.

Es lógico que alguien que escribe como cavilando, que va y viene sobre las cosas y se dedica a imaginar distintos puntos de vista, tenga cierta tendencia a repetirse. Roth se repite mucho. La infancia en Newark, New Jersey, en los años cuarenta; la vida en una comunidad judía asimilada pero discretamente temerosa al rechazo; la presión ejercida por una sociedad pacata y conservadora; el horror a la muerte, a la enfermedad y al deterioro; la superioridad de espíritu proporcionada por un secreto bien guardado; la libertad que se confunde con la pasión sexual son temas que aparecen una y otra vez en su obra. Da la impresión de que cada novela deja restos, remanentes que se empecinan en volver y se cuecen de un modo u otro en las siguientes.

Además, Philip Roth es un hombre atento a las circunstancias políticas del mundo en el que vive o ha vivido, así que esos restos se cuecen en una nueva sopa cuyo caldo puede ser la guerra de Corea, o el escándalo Clinton-Lewinsky, o la segunda presidencia de George W. Bush, o la situación en Cisjordania, o la participación norteamericana en la segunda guerra mundial. Memorias personales y preocupaciones políticas. Y el fuego en el que arde ese cocido se enciende con un "¿qué habría pasado si...?".



Si Lindbergh fuera presidente. *La conjura contra América* (2004) es un ejercicio de imaginación que parte de esa posibilidad. En ella Roth ensaya un ejercicio de historia alternativa -una ucronía- que delata la típica inquietud sajona por las cadenas de eventos, es decir, por el cambio en el rumbo de los acontecimientos que podría derivarse de una modificación cualquiera en el pasado. Ambientada en los años anteriores a la entrada de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, la ficción propone un escenario modificado a partir de un hecho político crucial: la presentación de Charles Lindbergh como candidato a la presidencia, impulsada por la Convención Republicana en Filadelfia en junio de 1940.

Lindbergh era, en esos días, el niño dorado de América. Considerado un héroe nacional por haber cruzado el Atlántico sin escalas en un vuelo solitario que duró treinta y tres horas y treinta minutos, su hoja de vida sumaba a esa imborrable hazaña la marca igualmente indeleble de una tragedia personal: el secuestro y asesinato de su pequeño hijo, de menos de dos años de edad. Estados Unidos adoraba a Lindbergh, el rubio y atlético piloto que había mostrado más de una vez su fortaleza de espíritu. Lindbergh, por otra parte, se había manifestado en contra de la intervención norteamericana en



Tertulias Literarias

otra guerra europea -el movimiento, integrado por el magnate industrial Henry Ford, entre otras figuras notorias, fue conocido como "aislacionismo"- y era admirador confeso de Alemania y de su cruzada antisemita y anticomunista.

En la vida real, Charles Lindbergh nunca se postuló a presidente de los Estados Unidos, pero es cierto que pudo haberlo hecho, porque su nombre fue considerado por las fuerzas aislacionistas. En la novela de Roth se sigue esa línea posible de la historia, y Charles Lindbergh se convierte en el trigésimo tercer presidente de la nación, venciendo a Franklin D. Roosevelt. La novela toma la perspectiva de un niño judío que ve cómo su familia y su entorno son afectados drásticamente por las nuevas políticas de estado orientadas a "americanizar" a los judíos.

El secreto de la verosimilitud de la novela es que, salvo el gran viraje en los hechos que da origen a la ficción, las demás cosas se mantienen muy cerca de la verdad. El protagonista es un niño llamado Philip Roth, que tiene la edad que el autor tenía en esa época y que vive en el mismo barrio que él, y con las mismas personas. Su padre, su madre y su hermano son los mismos que protagonizan el relato autobiográfico *Los hechos* (1988) y, salvo por unos pocos personajes laterales destinados a cargar con el peso trágico de los acontecimientos, todos los nombres y circunstancias se ajustan a la verdad histórica.

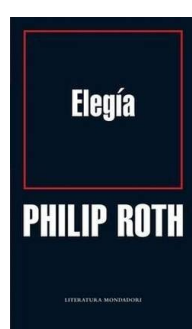
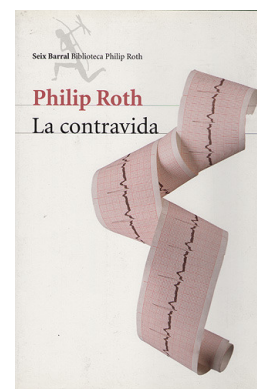
Muerte segura, vidas posibles. Roth había jugado con las ventajas narrativas de las historias posibles en una novela de 1988 llamada *La contravida*. En ella el escritor Nathan Zuckerman imagina destinos alternativos para sí mismo y para su hermano menor, afectado por una dolencia cardíaca a una edad demasiado temprana. Las consecuencias que el tratamiento médico tiene para Henry Zuckerman y las decisiones extremas que está dispuesto a tomar debido a ellas conducen el relato por escenarios diversos, desde una convencional y mediocre existencia de clase media en New Jersey hasta un asentamiento judío en Cisjordania.

La razonabilidad de las decisiones, la sensatez o el delirio de los discursos que justifican los hechos, las motivaciones profundas y las superficiales que determinan cada paso son examinadas con la misma aguda, doliente y piadosa mirada que más tarde se posará en las vicisitudes de Coleman Silk y sus contemporáneos en *La mancha humana*.

La contravida es una historia que va y viene en torno a la impotencia del menor de los Zuckerman, a la humillación sufrida por ese hombre todavía joven que prefiere correr el riesgo de una intervención quirúrgica con pocas garantías, a seguir viviendo el resto de su vida sin sexo.

Pero es también la historia de las posibilidades que se abren con la decisión de operarse o no. Es el relato de la muerte, pero también de la supervivencia en un escenario distinto -las colinas de Cisjordania, en donde judíos llegados de todo el mundo aprenden junto a los pocos nativos a ser por fin judíos en su tierra, aunque "su tierra" sea un concepto más que dudoso y que debe ser defendido con no menos fanatismo que violencia- y es al mismo tiempo la escéptica narración de los esfuerzos por justificar valores tan frágiles y peligrosos como la tradición y los lazos familiares.

Todo en la novela es resbaladizo, porque se trata de un ejercicio explícito de escritura llevado adelante por Nathan Zuckerman, el escritor que se enemistó con toda su familia a partir de la publicación de Carnovsky, su primera novela. Lo que había en Carnovsky de verdadero (y, más aun, lo que había de exagerado o tergiversado) instaló una desconfianza ilevantable entre Nathan y su hermano. La reescritura que Nathan hace del destino de su hermano y del suyo propio tiene una finalidad reparatoria pero también reivindicativa. Es la declaración de soberanía del escritor, equiparable a la decisión soberana de Henry de someterse a la operación asumiendo los riesgos.



Morir es una costumbre. Los problemas ocasionados por el deterioro y la enfermedad son el centro explícito de *Elegía* (2006), una novela breve narrada en tercera persona que explora el asunto clásico de la mirada sobre la propia vida que se produce en los instantes anteriores a la muerte. Su protagonista es un hombre de poco más de setenta años que vive en un apacible retiro para jubilados en las costas de New Jersey. Vive solo, rodeado de hombres y mujeres ya entrados en la vejez, para quienes la convivencia con la enfermedad y con el dolor se ha vuelto una experiencia cotidiana. Pero, antes de ser ese hombre mayor varias veces operado del corazón, fue el hijo pequeño de un comerciante judío, el hermano menor de un hombre saludable, el padre de tres hijos y el marido de tres esposas a las que quiso y dejó de querer. Fue un hombre apasionado y fuerte que, sin embargo, sintió desde la infancia un terror constante e inexplicable a la muerte. Un maniaco temor a desaparecer que lo acompañó durante su larga y plena existencia.

Como en todas las novelas de Philip Roth, a ese nudo temático subyace una tensión que se manifiesta bajo la forma de una disputa entre los propios instintos y deseos y la tiranía del convencionalismo y la pacatería del entorno. La libertad, para Roth, es la libertad del pensamiento y del deseo, y se ejerce en la práctica del sexo y en el desempeño de la imaginación creativa. Y contra la libertad están siempre las formas convencionales de la corrección y la decencia, los reclamos de las mentes timoratas, la envidia de los débiles y los sumisos.

Elegía es un típico producto Roth: un barrio judío en los años cuarenta en New Jersey, un par de hermanos que se llevan pocos años y que han atravesado algún malentendido pero siguen siendo irremplazables el uno para el otro, mujeres en todos los lugares convencionales (madre, esposa, amante, hija), matrimonios deshechos, rencores familiares, culpa,



Tertulias Literarias

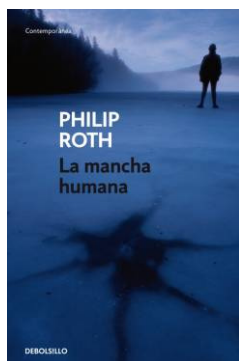
culpa, culpa. Y enormes dosis de vergüenza por las cosas hechas que todo el mundo sabe, por las hechas que todo el mundo ignora, y por las que nunca se hicieron pero por alguna razón el mundo decide creer que sí.

Lo que todos creen. En 1998 los Estados Unidos fueron sacudidos por una revelación que lastimó sus recatados oídos: el presidente Clinton había tenido un asqueroso asunto con Monica Lewinsky, una joven pasante de la Casa Blanca. La acusación de Lewinsky y la posterior confesión de Clinton, además de los detalles infames expuestos a lo largo del juicio, contribuyeron a sumir al país en una histórica crisis de puritanismo que se combinó con no menos históricas demandas de corrección política que hasta hoy siguen martirizando la existencia de muchos en ese país tan apegado a la literalidad y a la ética normativa.

Ese es el contexto de *La mancha humana*, una de las novelas protagonizadas por Nathan Zuckerman que, sin embargo, no lo tiene a él como protagonista sino a Coleman Silk, un viejo profesor especialista en lenguas y letras clásicas.

Coleman acaba de ser obligado a jubilarse, en atención a una demanda por racismo, caprichosa e injustificada, promovida por alumnos inexpertos asesorados por algún docente malintencionado.

La desmesura de la acusación y del castigo impuesto, junto a la carga de vergüenza y exposición pública que eso tiene en una pequeña ciudad universitaria de Nueva Inglaterra, trastornan completamente la vida del profesor. La muerte prematura de su esposa -que él atribuye a la tensión creada por esos hechos- y la persecución obstinada de la que es objeto por parte de algunos ex-colegas lo hacen irrumpir una tarde en casa de Zuckerman para pedirle que escriba un libro contando su historia. Una historia que él no puede contar, por razones que aún no han sido descubiertas.



La mancha humana es la historia de una negación original y de la construcción de una nueva mitología personal a partir de ese origen. La figura de Coleman Silk es el pivote en torno al que Roth pone a girar, una vez más, los asuntos que parecen obsesionarlo: la pertenencia y el destino individual, la libertad personal y el respeto a los sentimientos ajenos, la permeable, porosa superficie que pega y separa la grandeza de la miseria. Pero como en toda novela del autor, esa tragedia original -los personajes de Roth son trágicos, aunque estén revestidos del pragmatismo más ramplón- se abre en numerosas digresiones que completan la figura verdadera de la historia, que es siempre la misma: los Estados Unidos de América. Y más precisamente, la parte de América a la que Roth pertenece. Todos los grandes asuntos políticos que han sacudido la historia de los Estados Unidos durante el siglo XX aparecen en primer plano en las novelas de este escritor que no puede -que no quiere- separar el destino individual de sus personajes de la gran tragedia nacional.

La misma avasallante construcción épica que la nación norteamericana mantiene para sí misma es la que sostiene o pulveriza, con la misma radical indiferencia, a los millones de individuos que se agitan en el centro de su torbellino. En *La mancha humana* el autor embiste contra la "cultura de la memez" a la que pertenece Lewinsky: un tipo de persona que "no hace más que cotorrear. Pertenece a esa generación que se enorgullece de su trivialidad. La actuación sincera lo es todo. Sincera y vacía, completamente vacía. La sinceridad que va en todas direcciones. La sinceridad que es peor que la falsedad y la inocencia que es peor que la corrupción. La rapacería que se oculta bajo la sinceridad... y bajo la jerga". Una jerga que oculta el desprecio por las ideas y que sirve como coartada para anular el pensamiento.

Las palabras, en el lenguaje norteamericano del cambio de siglo, se transforman en mercancía bruta, en objetos sólidos que obturan la posibilidad de análisis. El profesor Coleman Silk es víctima de la necedad de los nuevos criterios de corrección política, pero lo cierto es que todo el país parece ser cómplice de esa forma abstrusa de dirimir los conflictos.

Un círculo que se cierra. Un año después de *Elegía* apareció *Sale el espectro* (2007), la última novela protagonizada por Nathan Zuckerman. Breve, redonda, perfecta, es una pieza mayor en la obra del autor. En ella Zuckerman, ya viejo y desde hace varios años retirado en una casa aislada en los Berkshires, en el oeste de Massachusetts, soporta con resignación las consecuencias de una operación de próstata: impotencia e incontinencia urinaria. Concentrado en su trabajo, sin más compañía que la de un matrimonio que lo asiste en la limpieza y mantenimiento de la casa algunas veces a la semana, Zuckerman está desconectado del mundo. No mira televisión, no lee periódicos nacionales, no tiene computadora y no sabe lo que es Internet. Sin embargo, una conjunción de hechos inesperados lo decide a salir de su vida de ermitaño e instalarse en Nueva York por algún tiempo. El primero de esos hechos es el encuentro, en un ascensor, con la voz de alguien que conoció muchos años atrás. La mujer cuya voz alcanza a reconocer no se parece en nada a la joven del pasado. Es una anciana mal vestida y con la cabeza marcada por una cicatriz reciente que exhibe sin histeria y sin vergüenza. Zuckerman la conoció cuando era la nueva compañera de E. I.

Lonoff, el escritor al que admiró ciegamente y que lo recibió en su casa una noche para conversar sobre literatura y leer sus primeros manuscritos. Las circunstancias en que Zuckerman conoció a la joven, llamada Amy Bellette, y a Lonoff, se cuentan en la novela de 1979 que en español se llamó *La visita al maestro*, y cuyo título en inglés es *The Ghost Writer*. No es casual que la novela de 2007 se llame, en inglés, *Exit Ghost*. El fantasma o espectro presente en ambos títulos cierra en forma explícita el lazo entre aquella noche de su juventud, cuando se iniciaba como escritor, y los acontecimientos del final de su vida, cuando él mismo es un autor ya consagrado y otros lo buscan para afianzar sus carreras. Pero esta es una novela de Philip Roth, y por lo tanto las cosas importantes no son solo las que entran en un





resumen de la anécdota. Mientras Zuckerman intenta descubrir qué le ocurrió a Amy Bellette -y en ese intento se relaciona con una pareja de escritores jóvenes que le proponen un intercambio de domicilios por un año- los Estados Unidos asisten a la ajustada puja por la presidencia entre Bush y Kerry. A pesar del desastre que fue su primera administración, a pesar de las mentiras dichas a favor de la guerra, a pesar de los riesgos que la política antiterrorista podría suponer para las masas norteamericanas todavía en pánico por los ataques a las torres gemelas, Bush gana las elecciones.

Zuckerman no parece interesado por el asunto -su renuncia a la vida pública, al sexo y a la compañía humana incluye la pérdida de la curiosidad política- pero Roth se las arregla para que el ambiente electoral se cuele en la escena. Y sobre todo, se las arregla para poner en primer plano lo que más le importa: las ideas mezquinas y puritanas que parecen regir el estilo y los valores de los sectores intelectuales y académicos de los Estados Unidos. Una vez más, la pacatería de la corrección política, la enfermedad de la sinceridad, la penosa exigencia de transparencia que afecta a la literatura y la crítica norteamericanas se revelan como el monstruo destructor que aplasta toda posibilidad de grandeza.

El acoso que Amy Bellette sufre por parte de un aspirante a escritor decidido a publicar la biografía de Lonoff -una biografía orientada a develar un secreto sucio de la juventud del maestro muerto, para exponerlo al juicio moral de las nuevas generaciones- es el disparador de varias páginas de cavilaciones en torno a la literatura, la imaginación, el estatuto de la ficción y las pretensiones de verdad.

En la obra de Philip Roth la vida pública y la vida íntima son los espacios inalienables de la libertad. El sexo y la reflexión, la intimidad y el debate se ejercen con soberanía y sabiendo que habrá que soportar las consecuencias. Zuckerman, ese Roth de la ficción, comienza su carrera asistiendo a la escena en que Lonoff pierde a su familia porque no ha perdido su líbido, su energía creadora, su pasión. En esta última (por ahora) historia de la saga, un Zuckerman acorralado por la edad y el deterioro concentra sus fuerzas en el trabajo, reprimiendo en lo posible sus otros apetitos, que igualmente pugnan por asomar. "Como si la sombra de la humillación que siempre se cierne sobre nosotros no fuese, en realidad, lo que nos vincula a todos los demás".

Después de *Sale el espectro*, Philip Roth publicó las novelas *Indignación* (2008), *La humillación* (2009, comentada en El País Cultural del 4/6/2010) y *Némesis* (2010).

Es uno de los escritores norteamericanos eternamente mencionados para el Nobel, pero parece poco probable que vaya a ganarlo. Si así fuera, la Academia Sueca habría dado un gran paso hacia la literatura, aunque para eso debería apartarse algunos metros del camino de la pacatería política.

Fontes:

<http://www.que-leer.com/1038/philip-roth-una-tarde-con-dios-o-aristofanes.html>

http://www.elpais.com.uy/suplemento/cultural/Un-judio-incomodo/cultural_518092_101001.html

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/1698/La_mancha_humana

Más información:

Philip Roth: la imaginación de los recuerdos: <http://www.revistas culturales.com/articulos/46/turia/411/1/philip-roth-la-imaginacion-de-los-recuerdos.html>

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>